

La Unión, tu etnología

ISIDORO VALVERDE

Quedan todavía en pie muchos artulugios de la antigua minería, como escenografía de la nostalgia, como facsímil de los lejanos días de vino y rosas... que se resisten a morir a sabianda de que con la desaparición de los últimos vestigios mineros del ayer se irá también parte del alma de La Unión. Así de bien comienza el último libro de Asensio Sáez, un elegido a quien la vida le ha permitido vivir sin interrupción en La Unión, su ciudad insólita, y desvivirse por ella. Para quien, como yo, tanto sintoniza con su pasión por la tierra propia, no es una nonada tal privilegio.

Un libro para una «ciudad insólita»

El libro a que me refiero, La Unión (Aproximación a su etnología), ha sido escrito, según nos dice el autor, para el mejor conocimiento del pasado costumbrista de una ciudad insólita. El libro, además de encantador y sumamente atractivo, como todos los de Asensio Sáez, aporta un total conocimiento de La Unión y de su pueblo; un pueblo bueno, entre otras razones, porque no puede ser malo un pueblo que trova y canta. Leer este libro resultará puro gozo para unionenses y cartageneros, pues que compartimos tantas cosas; compartimos casi todas las costumbres y, desde luego, el mismo paisaje, tan entrañable como inmisericorde. Los cartageneros sensatos son conscientes, por lo demás, de que sin La Unión de aquella época dorada, derrochadora y presumida, la faz urbana de Cartagena hubiera sido muy otra.

Pluma y pincel

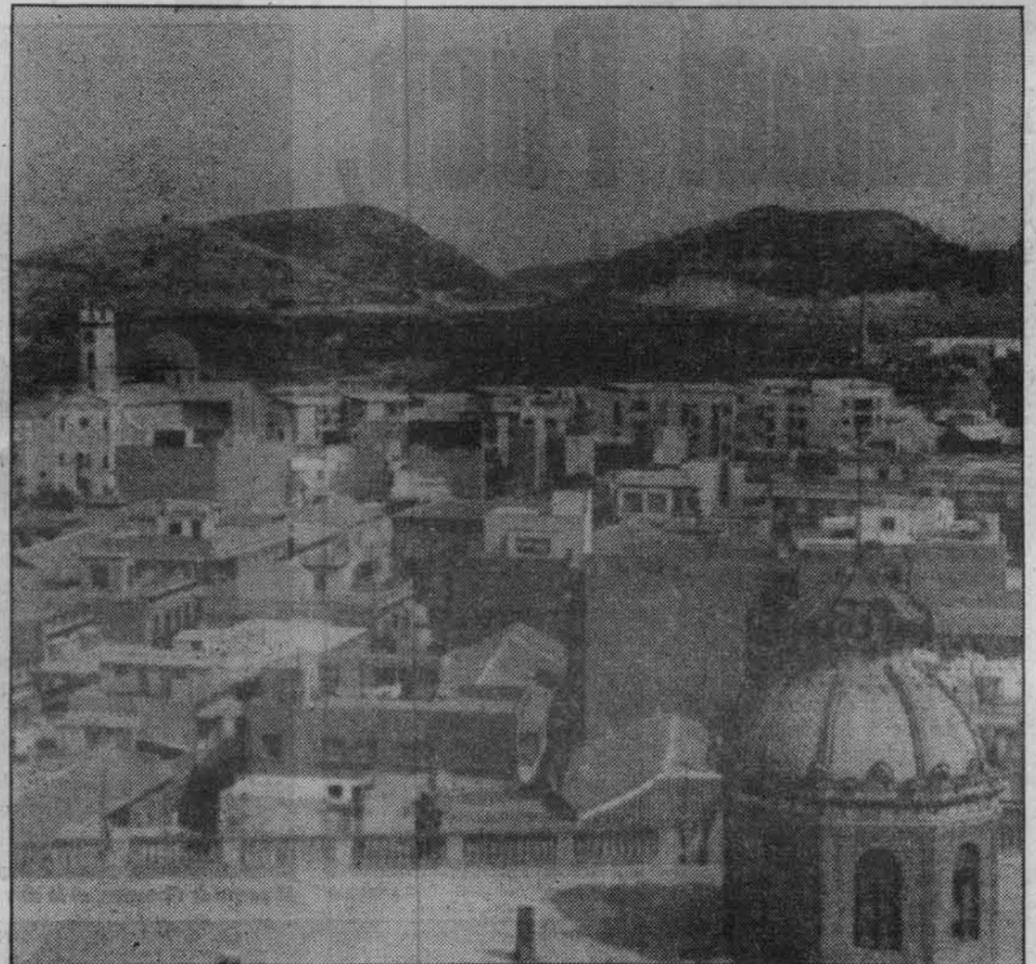
En el prólogo de su libro, breve, pero perfecto y redondo, en el que se encuentra toda la personalidad del autor, Asensio advierte al lector (y casi le pide perdón por ello) de la posibilidad de que, al confundir en alguna ocasión pluma con pincel, prendido en el folklórico colorín... se le vaya el santo al cielo de los pintoresquismos. Pero Asensio Sáez no tiene que pedir perdón. Asensio es un artista de pies a cabeza, y, si hubiera escrito un libro de mera investigación, hasta nos hubiera, quizás, decepcionado. Asensio Sáez, aunque ciertamente literato, siempre nos da la impresión de que, cuando escribe, tiene su paleta de pintor a mano. Pero es que su pluma, a lo que parece, no es sólo pincel; su pluma es también gubia, lira y escuadra, por cuando modela, tañe y ensambla. Y esa es precisamente su grandeza. No es extraño, pues, que el bueno de Asensio Sáez, que, según confiesa, sólo ha

pretendido con su última obra hacer un libro de etnología, se le desmanden (es un decir) el color, la música y unos párrafos de pura y poética geometría.

«Vestidos de hábito franciscano, piel morena»

No es extraño, insisto, que Asensio vea los michirones vestidos de hábito franciscano, piel morena...; ni que nos invite a contemplar la tapenera, triunfadora sobre la pobreza del terreno..., derramando su verdor sobre laderas y terraplenes; ni que nos diga que morder la hueva de mújol es como morder la esencia del mar; ni que nos recuerde las excelencias del pan recién cocido, cuya corteza, de un moreno crujiente, olía todavía a horno, a leña de olivera y, en fin (entrañable metáfora), a tarde de pueblo.

Como no es nada sorprendente que Asensio, hombre que escribe y pinta, no pase en vano su mirada por las cosas y que, por tanto, si nos habla de la casa popular minera, comience diciendo como si de apuntes para un lienzo se tratara: Una sola planta. Fachada en ocre o rosa, en «azuete» o «almagra». Cenefas blanquísimas de cal enmarcando puertas y ventanas; que si nos habla de la cubierta, nos diga que es de «láguena», tierra compacta, morada como la flor del cardo o la túnica de Nuestro Padre Jesús Nazareno, y si nos habla de una confitería, nos la describa diciendo que su interior está resuelto en blanco y oro. Como tampoco nos resulta incongruente que se refiera con gran ternura a las multicolores cadenetas, o al papel «de cometa», azul, rojo, amarillo, verde... en el que se imprimían los romances de ciego, o que, cuando vuelve a hablar de las «cometas», los graciosos garabatos de sus ondulaciones y cabriolas le parez-



can como simpáticos y alegres brochazos de color.

«Paraíso todavía no perdido»

Asensio Sáez no disimula su querencia por el ayer, por esos tiempos en que las fiestas mustraban la inocencia y sencillez, enteramente de paraíso todavía no perdido; por esos tiempos en que los programas de festejos importantes se imprimían en raso y las fotografías «de lujo» se enmarcaban en robusto cartónaje de filos áureos con la historiada firma del autor grabada en una esquina. Asensio Sáez está herido de nostalgia, que no de melancolía.

Un ensañador para un pueblo

Asensio Sáez dice que anda siempre más cerca de las ensañaciones que de la rigurosa investigación a secas, pero la verdad es que Asensio no pierde pie por más que sea (y se confiese) hombre apasionado. Asensio es un ensañador que tiene sus pies muy bien afirma-

dos en su tiempo, del que únicamente no acepta lo que resulta realmente inaceptable. Asensio ha trabajado y trabaja mucho y bien por La Unión, hasta un punto que él nunca reconocerá (porque es humilde), pero que quienes lo admiramos sí reconocemos. Después de Asensio Sáez, quien quiera hablar o escribir sobre La Unión, pintarla, cantarla o sentirla, no podrá prescindir de él; tendrá que acudir necesariamente a su obra; obra de amor, de fidelidad, programada (como él diría) por el palpito corazonal.

Candor y ternura

Asensio es más bueno que el pan; más bueno que ese pan recién cocido que él ensalza. Asensio es comprensivo, cándoro y tierno, y por eso transmite comprensión, candor y ternura a todo cuanto toca. Y por eso él, amante y sensible sin duda ante el ayer, es piadoso con todo tiempo y no es desabrido con el hoy, con el presente, del que también conoce sus pormenores porque

nada de la vida le es ajena, y ni siquiera lo es con el porvenir, porque sabe que llegará el día en que también el futuro será pasado.

Y, como es bueno, Asensio ama el presente, el tiempo que Dios le ha señalado para vivir; aunque, todo un hombre como él, filósofo de lo cotidiano, nacido en tierra de mineros, sepa separar perfectamente los metales de las granzas.

Asensio, que sabe ya mucho de la vida, de las promesas de los hombres y del «progreso indefinido», se resiste a que se haga tabla rasa del pasado. Pienso que lleva razón: no se debe jubilar al ayer (quizás, ni se puede). Y hasta creo que, si lo jubilaráramos, pagaríamos muy caras las consecuencias. Por eso, convendría que alguna vez volviéramos la cabeza atrás, antes que con ira con amor, como él nos aconseja.

Queda «aquel singular espíritu»

Asensio sabe que del ayer de La Unión, de su minería clásica, que constituyó el fundamento de la ciudad, apenas quedan otros vestigios que los artulugios, ya más simbólicos que eficaces; pero también sabe que queda (y esto es lo más importante) aquel singular espíritu, forjado en ese mismo ayer y nacido acaso de lo que se dio en llamar una filosofía de la adversidad, señorial y generoso siempre, imperecedero, correspondiente a los habitantes de un pueblo que..., a cambio de tan poco, de tanto se desprendió. En cualquier caso, Asensio Sáez, su mejor cantor, seguirá terne en La Unión, estamos seguros, hasta su último suspiro para dolerse en su dolor y alegrarse de su alegría.

Mucho debe La Unión a este unionense desinteresado. Impagable es la deuda de gratitud que La Unión tiene contraída con este unionense esencial y enamorado.

POESIA

Al torero cartagenero «José Ortega Cano»

GINES CELDRAN MARTINEZ

Ceniza y oro.

5 de la tarde
la mirada sola
ausente
perdida
en un anillo de arena
en un anillo de oro.

5 desafíos serenos
estirados
en belleza altiva
perfumados de temple.

Dos balas puntiagudas
pasan rozando
tu cintura:

quebrada en el estilo.
Mientras un vuelo
de tela roja
aplaude
cortando el aire
en un alado suspiro.

Todo un vacío
con ecos de miedo.

Solo
solo delante:
el brazo guerrero negro
con dos puntas de luna
iluminando su cabeza.

Lentitud y serenidad
de tu pie
al hundir la arena.

Otro paso medido.
Y tu mirada fija
rompiendo el silencio
en millones de silencios.
Acechándote
desde todos los espacios
desde todos los espejos.

Tú
desafiando a la muerte
con tu muleta ensangrentada
de valiente coraje.

5 de la tarde
la mirada sola
ausente
perdida
en un anillo de Saturno.